

MARK TWAIN



LAS AVENTURAS DE

Tom Sawyer



AUSTRAL

MARK TWAIN

**LAS AVENTURAS
DE TOM SAWYER**

Traducción

José Torroba



El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Adventures of Tom Sawyer*

Traducción de José Torroba, 1921

Edición actualizada, 2016

© Espasa Libros, S. L. U., 2016

Avda. Diagonal, 662, 6ª planta, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Vasava

Primera edición en Austral: octubre de 2016

Depósito legal: B. 12.820-2016

ISBN: 978-84-670-4847-6

Composición: Átona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

Intrépido lector	5
Prefacio.....	9
Capítulo 1.....	11
Capítulo 2	22
Capítulo 3	30
Capítulo 4.....	39
Capítulo 5	53
Capítulo 6.....	61
Capítulo 7	76
Capítulo 8	84
Capítulo 9.....	91
Capítulo 10.....	100
Capítulo 11.....	109
Capítulo 12.....	116
Capítulo 13.....	123
Capítulo 14.....	134

Capítulo 15.....	143
Capítulo 16.....	150
Capítulo 17.....	158
Capítulo 18.....	163
Capítulo 19.....	168
Capítulo 20.....	180
Capítulo 21.....	184
Capítulo 22.....	191
Capítulo 23.....	200
Capítulo 24.....	205
Capítulo 25.....	214
Capítulo 26.....	216
Capítulo 27.....	226
Capítulo 28.....	238
Capítulo 29.....	242
Capítulo 30.....	247
Capítulo 31.....	257
Capítulo 32.....	270
Capítulo 33.....	282
Capítulo 34.....	287
Capítulo 35.....	301
Capítulo 36.....	305
Conclusión.....	313

CAPÍTULO 1

—¡Tom!
Silencio.

—¡Tom!
Silencio.

—¿Dónde estará metido ese chico? ¡Tom!

La anciana se bajó las gafas y miró por encima de ellas por todo el cuarto; después se las subió a la frente y miró por debajo. Rara vez miraba a través de los cristales a algo de tan poca monta como un chiquillo: eran aquellas las gafas de ceremonia, su mayor orgullo, construidas para dar ornamento antes que para su uso, y no hubiera visto mejor mirando a través de un culo de botella. Se quedó perpleja un instante y dijo, sin cólera, pero lo bastante alto para que la oyeran los muebles:

—Bueno; pues te aseguro que si te echo la mano encima te voy a...

No terminó la frase, porque para entonces estaba agachada dando estocadas con la escoba por debajo de la cama; así es que necesitaba todo su aliento para apoyar los escobazos con resoplidos. Lo único que consiguió desenterrar fue el gato.

—¡No se ha visto cosa igual que ese chico!

Fue hasta la puerta y se detuvo allí para recorrer con la mirada las tomateras y las hileras silvestres que constituían el jardín. Ni sombra de Tom. Alzó, pues, la voz a un decibelio calculado para larga distancia, y gritó:

—¡Eh! ¡Tooom!

Oyó tras ella un ligero ruido y se dio la vuelta al instante para atrapar a un chico por el borde de la chaqueta y detener su vuelo.

—¡Ahí estás! ¡Que no se me haya ocurrido pensar en ese armario...! ¿Qué estabas haciendo ahí?

—Nada.

—¿Nada? Mírate esas manos, mírate esa boca. ¿Qué es eso pegajoso?

—No lo sé, tía.

—Bueno, pues yo sí lo sé. Es mermelada, eso es. Mil veces te he dicho que como no dejes en paz esa mermelada te voy a despellejar vivo. Dame esa vara.

La vara se cernió en el aire. Aquello tenía mala pinta.

—¡Dios mío! ¡Mira lo que tienes detrás, tía!

La anciana giró en redondo, recogiendo las faldas para esquivar el peligro, y en ese mismo instante escapó el chico, se encaramó por la alta valla de madera y desapareció. Su tía Polly se quedó un momento sorprendida, y después se echó a reír bondadosamente.

«¡Maldito niño! ¡Cuándo aprenderé! ¡Cuántas jugarettas como ésta me habrá hecho y aún le hago caso! Pero las viejas bobas somos más bobas que nadie. Un

perro viejo no aprende trucos nuevos, como suele decirse. Pero, ¡Señor!, si no me la pega del mismo modo dos días seguidos, ¿cómo va una a saber por dónde va a salir? Parece que adivina hasta dónde puede atormentarme antes de que llegue a montar en cólera y sabe, el muy pillo, que si logra desconcertarme o hacerme reír, todo se ha acabado y no soy capaz de pegarle. No; la verdad es que no cumplo mi deber con este chico; ésa es la pura verdad. Tiene el diablo en el cuerpo, pero ¡qué le voy a hacer! Es el hijo de mi pobre hermana difunta y no tengo entrañas para zurrarle. Cada vez que le dejo sin castigo me remuerde la conciencia, y cada vez que le pego se me parte el corazón. ¡Todo sea por Dios! Pocos son los días del hombre nacido de mujer y llenos de tribulación, como dicen las Escrituras, y así lo creo. Esta tarde hará novillos y no tendré más remedio que hacerle trabajar mañana como castigo. Es duro obligarle a trabajar los sábados, cuando todos los chicos tienen fiesta; pero aborrece el trabajo más que cualquier otra cosa; yo tengo que ser un poco rígida con él, o voy a ser la perdición de ese niño.»

Tom hizo novillos, en efecto, y lo pasó en grande. Volvió a casa con el tiempo justo para ayudar a Jim, el negrito, a cortar la leña para el día siguiente y a hacer astillas antes de la cena; pero, al menos, llegó a tiempo para contar sus aventuras a Jim mientras éste hacía tres cuartas partes de la tarea. Sid, el hermano menor de Tom —o, mejor dicho, hermanastro—, ya había dado fin a la suya de recoger astillas, pues era un muchacho

tranquilo, poco dado a aventuras ni calaveradas. Mientras Tom cenaba y escamoteaba terrones de azúcar cuando se le ofrecía la ocasión, su tía le hacía preguntas llenas de malicia y segundas intenciones, con el fin de hacerle picar el anzuelo y sonsacarle confesiones reveladoras. Como otras muchas personas sencillas e ingenuas, se enorgullecía de poseer un talento especial para la diplomacia tortuosa y sutil, y se complacía en mirar sus más obvios y transparentes trucos como maravillas de torpe astucia. Así, le dijo:

—Hacía bastante calor en la escuela, Tom, ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Muchísimo calor, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y no te entraron ganas de irte a nadar?

Tom sintió un poco de miedo, un indicio de sospecha alarmante. Examinó la cara de su tía Polly, pero no sacó nada en limpio. Así es que contestó:

—No, tía; vamos, no muchas.

La anciana alargó la mano y le palpó la camisa.

—Pero ahora no tienes demasiado calor.

Y se quedó tan satisfecha por haber descubierto que la camisa estaba seca sin dejar traslucir qué era lo que tenía en mente. Pero ya sabía Tom por dónde iban los tiros. Así es que se apresuró a parar el próximo golpe.

—Algunos chicos nos estuvimos echando agua por la cabeza. Aún la tengo húmeda. ¿Ves?

La tía Polly se quedó desconcertada, pensando que

no había advertido aquel detalle acusador y, además, le había fallado el tiro. Pero tuvo una nueva inspiración.

—Dime, Tom: para mojar te la cabeza, ¿no tuviste que descoserte el cuello de la camisa por donde yo te lo cosí? ¡Desabróchate la chaqueta!

Toda sombra de alarma desapareció de la cara de Tom. Abrió la chaqueta. El cuello estaba cosido, y bien cosido.

—¡Diablo de chico! Estaba segura de que habrías hecho novillos y de que te habrías ido a nadar. Me parece, Tom, que eres como un perro escarmentado, como suele decirse, y mejor de lo que pareces. Al menos, por esta vez.

Le dolía un poco que su sagacidad hubiera fallado, y se complacía de que Tom hubiera tropezado y obedecido por una vez.

Pero Sidney dijo:

—Pues yo diría que el cuello estaba cosido con hilo blanco y ahora es negro.

—¡Cierto que lo cosí con hilo blanco! ¡Tom!

Pero Tom no esperó al final. Mientras escapaba, gritó desde la puerta:

—Siddy, buena zurra te va a costar.

Ya en lugar seguro, sacó dos largas agujas que llevaba clavadas debajo de la solapa. En una había enrollado hilo negro, y en la otra, blanco.

«Si no es por Sid no lo descubre. ¡Caray! Unas veces lo cose con blanco, otras con negro. ¡Por qué no se decidirá de una vez por uno u otro! Así no hay quien lleve la cuenta. Pero Sid me las pagará, ¡maldita sea!»

No era el niño modélico del lugar. Al niño modélico lo conocía de sobra, y lo detestaba con toda su alma.

No habían pasado dos minutos cuando ya había olvidado sus problemas. No porque fueran ni una pizca menos graves y amargos de lo que son para los hombres maduros, sino porque un nuevo y absorbente interés los redujo a la nada y los apartó de su mente por el momento, del mismo modo que las desgracias de los mayores se olvidan en el anhelo y la excitación de nuevas empresas. Este nuevo interés era cierta novedad inapreciable en el arte de silbar, en el que acababa de adiestrarle un negro, y que ansiaba practicar a solas y tranquilo. Consistía en ciertas variaciones al estilo del trino de los pájaros, una especie de gorjeo líquido que resultaba de hacer vibrar la lengua contra el paladar y que se intercalaba en la melodía silbante. Probablemente el lector recuerda cómo se hace, si es que ha sido muchacho alguna vez. La aplicación y la perseverancia pronto le hicieron dar con el quid, y echó a andar calle adelante con la boca rebosando armonías y el alma llena de alegría. Sentía lo mismo que experimentaba el astrónomo al descubrir un nuevo planeta. No hay duda que en cuanto a lo intenso, hondo y puro del placer, la ventaja estaba del lado del muchacho, no del astrónomo.

Los atardeceres de verano eran largos. Aún no era de noche. De pronto, Tom suspendió el silbido: un forastero estaba ante él; un muchacho que apenas le llevaba un dedo de ventaja en la estatura. Un recién llegado, de cualquier edad o sexo, era una curiosidad emocionante

en el pequeño pueblo de Saint Petersburg. El chico, además, estaba bien trajeado y eso que no era festivo. Era simplemente asombroso. El sombrero era coquetón; la chaqueta de paño azul, nueva, bien cortada y elegante; y a igual altura estaban los pantalones. Tenía puestos los zapatos, aunque no era más que viernes. Hasta llevaba corbata: una cinta de colores vivos. En toda su persona había un aire de ciudad que le dolía a Tom como una injuria. Cuanto más contemplaba aquella esplendorosa maravilla, más alzaba en el aire la nariz, con un gesto de desdén por aquellas galas, y más rota y desastrada le iba pareciendo su propia vestimenta. Ninguno de los dos hablaba. Si uno se movía, movíase el otro; pero sólo de costado, haciendo rueda. Seguían cara a cara y mirándose a los ojos sin pestañear. Al fin, Tom dijo:

—Yo te puedo.

—Pues anda y haz la prueba.

—Pues sí que te puedo.

—Tú no me puedes.

—Sí que puedo.

—¡A que no!

—¡A que sí!

—¡A que no!

—Que sí.

—Que no.

Siguió una pausa embarazosa. Después prosiguió Tom:

—¿Cómo te llamas?

—¿Y a ti qué te importa?

—Pues si me da la gana, vas a ver si me importa.
—Pues ¿por qué no te atreves?
—Como hables mucho vas a ver.
—¡Mucho..., mucho..., mucho! Hala.
—Tú te crees muy listo, pero te puedo dar una tunda con una mano atada atrás si quiero.
—¿A que no me la das? Hablas demasiado.
—Lo haré si juegas conmigo.
—Sí, claro. He visto familias enteras en la misma situación.
—¡Listo! Te crees muy listo, ¿no? ¡Vaya sombrero!
—Pues atrévete a tocármelo. Si no te atreves eres un gallina.
—Tú eres un mentiroso.
—Más lo eres tú.
—Eres un embustero y un miedica.
—Anda, vete a paseo.
—Como me sigas diciendo cosas agarro una piedra y te la estrello en la cabeza.
—¡A que no!
—Pues claro que sí.
—Pues ¿por qué no lo haces? ¿Por qué dices que lo vas a hacer y no lo haces? Tienes miedo.
—Más tienes tú.
—De eso nada.
—Que sí.
Otra pausa, y más miradas, y más vueltas alrededor. Después empezaron a empujarse hombro con hombro.
—Vete de aquí —dijo Tom.

—Vete tú —dijo el otro.

—No quiero.

—Pues yo tampoco.

Y así siguieron, cada uno apoyado en una pierna como en un puntal, y los dos empujando con toda su alma y lanzándose odiosas miradas. Pero ninguno sacaba ventaja. Después de forcejear hasta que ambos se pusieron encendidos y arrebatados, los dos cedieron en el empuje, con desconfiada cautela, y Tom dijo:

—Tú eres un miedoso y un mequetrefe. Voy a decírselo a mi hermano mayor, que te puede aplastar con el dedo meñique.

—¡Y a mí qué me importa tu hermano! Yo tengo uno mayor que el tuyo, y si lo coge, lo tira por encima de esa cerca.

(Ambos hermanos eran imaginarios.)

—Eso es mentira.

—¡Porque tú lo digas!

Tom hizo una raya en el suelo con el dedo gordo del pie y dijo:

—Atrévete a pasar de aquí y soy capaz de pegarte hasta que no te puedas tener en pie. El que se atreva se la gana.

El recién llegado traspasó enseguida la raya y dijo:

—Ya está; a ver si haces lo que dices.

—No me vengas con ésas; anda con ojo.

—Bueno, pues ¡a que no lo haces!

—¡A que sí! Por dos centavos lo haría.

El recién llegado sacó dos centavos del bolsillo y se los alargó burlonamente.

Tom los tiró contra el suelo.

En el mismo instante rodaron los dos chicos, revolcándose en la tierra, agarrados como dos gatos, y durante un minuto forcejearon: tirándose del pelo y de las ropas se apuñaron y arañaron las narices, y se cubrieron de polvo y de gloria. Cuando la confusión tomó forma, a través de la polvareda de la batalla, apareció Tom sentado a horcajadas sobre el forastero y moliéndolo a puñetazos.

—¡Ríndete!

El forastero no hacía sino luchar para liberarse. Estaba llorando, sobre todo de rabia.

—¡Ríndete! —Y siguió el machacamiento.

Al fin el forastero balbuceó un «me rindo», y Tom le dejó levantarse y dijo:

—Eso para que aprendas. Otra vez mira con quién te metes.

El vencido se marchó, sacudiéndose el polvo de la ropa entre hipos y sollozos, y de cuando en cuando se volvía moviendo la cabeza y amenazando a Tom con lo que le iba a hacer «la próxima vez que lo cogiera». A lo cual Tom respondió con mofa y echó a andar con orgullo. Pero, tan pronto como volvió la espalda, su contrario cogió una piedra y se la arrojó, dándole entre los hombros, y enseguida le dio la espalda y corrió como un antílope. Tom persiguió al traidor hasta su casa y supo así dónde vivía. Tomó posiciones por algún tiempo junto a la puerta del jardín y desafió a su enemigo a salir a campo abierto; pero el enemigo se contentó con sacarle

la lengua y hacerle muecas detrás de la vidriera. Al fin apareció la madre del forastero, y llamó a Tom malo, granuja y ordinario, ordenándole que se largase de allí. Tom se fue, pero no sin prometer antes que aquel chico se las pagaría.

Llegó muy tarde a casa aquella noche, y al encaramarse cautelosamente a la ventana, cayó en una emboscada preparada por su tía, la cual, al ver el estado en que traía las ropas, se afirmó en la resolución de hacerle pasar el sábado castigado haciendo trabajos forzosos.